
Julio Guerrero: ciencia y pesimismo en el 900 mexicano

Ariel Rodríguez Kuri*

Julio Guerrero y los orígenes de la sociología mexicana

La sociedad moderna es un inmenso taller expuesto a ser pillado por los vecinos”, escribió Julio Guerrero. A Guerrero —como a un buen número de intelectuales porfirianos— le resultó inescapable escrutar aquel deseo de pillaje. De ahí, tal vez, que haya escrito un libro para “investigar las causas que determinan la producción de los crímenes en el Distrito Federal de México” y para identificar “las perversiones de carácter o inteligencia que pueden ser sus condiciones concomitantes”.¹ Sostengo, no obstante, que *La génesis del crimen en México* es algo más que un trabajo de análisis criminológico. El de Guerrero no es sólo un libro sobre el pillaje: quiso ser un libro sobre los vecinos. Esta afirmación debe ser sustentada, y a eso se aboca este artículo.

Como se mire, el libro de Guerrero ocupa un lugar visible en la historia de los estudios de la criminalidad en México. Ciertamente, la obra se inscribe en una corriente de análisis y propuestas que buscan identificar y definir un campo de acción política para lo que representa, en la percepción finisecular, un problema estratégico.² Pero de muchas formas, la definición e implementación de estrategias de control del fenó-

meno criminal, el hecho mismo de concebirlas y valorarlas, parte de una certeza, no siempre reconocida tal cual por los pensadores finiseculares: el desarrollo “natural” de la sociedad no estaba desembocando, ni de lejos, en un comportamiento aceptable de las capacidades regulatorias y correctivas de la propia sociedad. Es la naturaleza misma de la sociedad y la cultura lo que preocupa a Guerrero. De ahí que un enfoque que buscara en *La génesis* sólo la caracterización de los criminales desde el fenotipo y los rasgos de personalidad, la identificación de un óptimo en la actividad policiaca, el cálculo de la justa gradación de las penas y la evaluación de los métodos técnicamente más acertados de confinamiento, acabe siendo tangencial en el discurso de don Julio. Afirmo que a lo largo del libro, esos cuatro temas de los estudios del crimen y los criminales no ocupan un lugar central. Es como si Guerrero hubiese realizado un corrimiento teórico y analítico hacia otras zonas de reflexión, lo que le permitió dispersar a lo largo de su enfoque más comprehensivo aquellas líneas típicas del discurso sobre el crimen y el criminal.

Para decirlo de otra forma, la de Guerrero no es una cacería de conductas desviantes —para usar un vocabulario anacrónico— ni un inventario de comportamientos sociales en situaciones límite. Por definición, el autor no quiere ni puede autonomizar la esfera de lo criminal. Intenta en cambio ubicar el sistema de vasos comunican-

* Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

tes entre los diferentes niveles de lo social: Guerrero procede a reinstalar el crimen en el corazón de la cultura (la urbana, sobre todo). No debe resultar extraño que un autor como Charles Hale, en uno de los trabajos más importantes sobre el pensamiento social en México, considere a Guerrero como un pensador “naturalista”.³ Pero el naturalismo de Guerrero no es sólo el de unas variables geográficas y climáticas que alimentan y conforman el carácter de los hombres. Es también el de una mirada exhaustiva y el de un discurso globalizador que representan a la sociedad como fenómeno absolutamente interrelacionado, lo que obliga a incluir a todas las familias y especies en una explicación. La naturaleza de la sociedad no está en su destino, sino en la proliferación de tipos, fenómenos y situaciones interdependientes.

Como ha señalado Laura Cházaro García, es un error de método y de interpretación suponer que los pensadores sociales mexicanos de fin de siglo sólo razonaban en términos políticos-ideológicos o que sólo buscaban soluciones particulares a problemas particulares.⁴ Ni sólo ideólogos ni sólo técnicos de la ingeniería social. El problema teórico, en tanto enunciación de los mecanismos y dinámicas básicas de la sociedad, se encuentra también en los orígenes de lo que podemos llamar una sociología mexicana. En la agenda de Guerrero son relevantes las preguntas de con qué teoría y con qué método se conoce y representa a la sociedad que produce, como un hecho natural pero no patológico, criminales. En otras palabras, el momento crucial no está en los temas, sino en los conceptos y, en general, en los *a priori* y en los dispositivos argumentales que constituyen una mirada.

Pudiera ser que la poca atención que el trabajo de Julio Guerrero recibe en los estudios sobre la historia de la ciencia social mexicana, obedezca al equívoco de considerar su trabajo más como un texto criminológico que sociológico. Pero quizá existan otras explicaciones. En primer lugar, y a partir de las recientes contribuciones a la historia de la ciencia social mexicana, debe resaltarse un aspecto: que la denominación positivista para el pensamiento social mexicano del último tercio del siglo XIX, no resuelve el problema de

los matices y las diferencias teóricas en la interpretación de la sociedad. En realidad, la ciencia social positiva es un gran cuerpo, no necesariamente articulado y coherente, en donde incluso la crítica espiritualista —valga la paradoja— dejó su huella.⁵

Un segundo fenómeno, además, sigue dificultando nuestro entendimiento del positivismo mexicano. Quizá hemos aislado en demasía ese momento del pensamiento filosófico y científico occidental, a costa de interrumpir las líneas de continuidad con otras etapas de reflexión sobre el conocimiento y la cultura. Pienso sobre todo en la Ilustración, que ha legado al positivismo algunos de sus grandes temas. Mi hipótesis es que la definición de miradas omnicomprendivas, al estilo de Guerrero, pasa por lo que Ernst Cassirer llamó la “unión y conciliación de lo positivo y lo racional”. Esta fórmula permite al investigador proceder por medio de un contraste permanente entre los datos de la realidad, su percepción de los mismos y los ejercicios taxonómicos, analíticos y teóricos de la razón.⁶ A salvo por esta vía de una ciencia deductiva, la inducción habrá sentado sus reales. Lo particular se disecciona, se separa, se reconoce, y en el esfuerzo de universalizarlo se construye una narración.

Ciertamente, no acabamos de saber bien a bien en qué orden y con qué jerarquías críticas leyeron los pensadores mexicanos del último tercio del siglo XIX a los positivistas europeos; pero tampoco sabemos cómo leyeron y relevaron a los clásicos ilustrados. No obstante, y quizá ya un poco viejo y diluido, un tufo iluminista es identificable en algunos momentos del positivismo mexicano. Pero hay una singularidad en el trabajo de Guerrero que impide su adscripción plena al positivismo y a sus raíces dieciochescas. El trabajo de Guerrero configura un momento claramente *pesimista* dentro del conjunto de las representaciones porfirianas de la sociedad. Si bien la crítica política propiamente dicha no existe, está claro para Guerrero que los entramados básicos de la cultura mexicana deben ser revisados y replanteados. La reforma social parece urgente, y sobre todo en el último capítulo de *La génesis*, desarrollará sus ideas al respec-

to. Guerrero vislumbra un fracaso mexicano en un contexto político e intelectual que apunta en el sentido opuesto.

El libro de Julio Guerrero, publicado en París en 1901 pero con una introducción fechada por el autor en enero de 1900, merece entonces un análisis que lo ubique tanto en la dinámica de la historia de la producción del conocimiento social en México, como en el entorno emocional e ideológico del novecientos mexicano. En otras palabras, el texto debe ser leído e interpretado por lo que dice y por lo que aspira a ser en tanto producto de una disciplina de pretensiones científicas (ya sean éstas sociológicas, etnológicas o incluso criminológicas), y por lo que representa como diagnóstico voluntario e involuntario de la cultura mexicana en el cambio de siglo.

De Julio Guerrero sabemos muy poco. Estudió derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Hacia octubre de 1884 había cursado la totalidad de las materias de su carrera. Por alguna razón, no fue sino hasta enero de 1889 cuando hizo solicitud formal de examen de grado; la junta directiva de la Escuela designó un jurado integrado por Jacinto Pallares, Francisco P. Segura, José Algara, Eduardo Ruiz y Miguel S. Macedo, quienes examinarían a Guerrero el 16 de febrero. Por razones asimismo desconocidas, en septiembre del mismo año se convocó de nueva cuenta al examen, con un jurado al que se habían incorporado Manuel Contreras, Tomás Reyes Retana e Ignacio Durán, en lugar de Pallares, Algara y Ruiz.⁷

Guerrero presentó para su defensa una tesis que versaba sobre el artículo 14 constitucional y el artículo 20 del código civil. La hipótesis de Guerrero es que existe una contradicción entre la letra del artículo 20 del código civil (“cuando no se pueda decidir una controversia judicial ni por el texto ni por el sentido natural o espíritu de la ley, deberá decidirse según los principios generales del derecho, tomando en consideración todas las circunstancias del caso”) y el artículo constitucional (“nadie puede ser juzgado ni sentenciado sino por leyes dadas por anterioridad a la fecha y exactamente aplicadas a él por el tribunal que previamente haya establecido la ley”).

El examinado ancló su tesis en una operación lógica, donde el artículo constitucional representaba una proposición “universal negativa” (E), en tanto el artículo del código civil era una “particular afirmativa” (I). De otra forma, según Guerrero, E (es decir el artículo 14 constitucional) propone, en términos lógicos, que “nadie será juzgado ni sentenciado según los principios generales del derecho”; I (el artículo 20 del código civil) a su vez afirma, desde un punto de vista lógico, que “algunos serán juzgados y sentenciados según los principios generales del derecho”.⁸ Una de las consecuencias jurídicas que obtiene Guerrero de su análisis es que el artículo 20 del código civil es atentatorio de las garantías individuales consagradas en la Constitución. De ahí que, a su entender, sea posible obtener un amparo en contra de la resolución de un juez que se apoye en el artículo citado del código civil.

Amén de su escrito de tesis y de *La génesis del crimen en México*, Guerrero escribió regularmente en una revista de su propiedad, *La República*, que se publicó a lo largo de 1902. Asimismo, escribió en 1905 un folleto sobre la problemática del patrón plata y su impacto en la economía mexicana. El texto resulta interesante tanto por el argumento económico propiamente dicho como por la deferencia que muestra el autor hacia el Secretario de Hacienda, José I. Limantour.⁹ Este último punto es importante porque en *La República* eran notorias las simpatías de los colaboradores, entre ellos Guerrero, hacia Bernardo Reyes, némesis política de Limantour.

El descubrimiento de la ciudad

El fenómeno urbano representa la dimensión de observación más importante en el trabajo de Guerrero, y casi podría decirse que constituye su objeto. En esa perspectiva, Guerrero recurrió a la coartada de proponer que lo que llama “la civilización mexicana” se desarrolló esencialmente en la Mesa central. Y la civilización mexicana —término que ciertamente nunca es esclarecido— se ha materializado sobre todo en las ciudades. El ejemplo más concreto y recurrente de su

análisis, que se disemina a lo largo del texto, es el de la ciudad de México.¹⁰

Sugiero que más que las definiciones positivas, la ciudad adquiere su dimensión más notable cuando se contrasta la visibilidad del fenómeno urbano en el libro de Guerrero con una omisión significativa: la de los problemas de la sociedad agraria, incluyendo las grandes disquisiciones sobre el origen de la propiedad, las relaciones sociales en el campo, etcétera. Efectivamente, Guerrero no analiza, a lo largo de las casi 400 páginas de su libro, aquella otra realidad de la sociedad mexicana. No digo que el autor no aborde, aquí o allá, ciertas particularidades del campo mexicano. Pero el modelo agrario no es un objeto constituido de análisis social y cultural, a la manera en que lo es el fenómeno urbano.

Esto merece una explicación. Quizá no deba sorprender que precisamente en el cambio de siglo haya aparecido un libro con las características del de Guerrero. A mi juicio, la década de 1890, y no la primera del siglo, constituye un punto de inflexión en la historia de la ciudad de México. Ajustes institucionales y financieros en el gobierno de la ciudad, mutaciones en los referentes de la cultura política, pero sobre todo una suerte de despegue económico y demográfico —no plenamente evaluados estos últimos—, con un saldo de desorganización en las formas de sociabilidad vigentes, suponen un momento de cambio significativo en las dimensiones básicas del mundo urbano y de su cultura.¹¹

Esos cambios necesariamente producen un desasosiego del espíritu. Ya los historiadores han reparado en el hecho de que alrededor del 900 se produjeron —en algunos nichos de la cultura europea, por ejemplo— modificaciones profundas en los programas intelectuales. Por ejemplo, se ha intentado establecer una vinculación entre las coordenadas y preocupaciones básicas del quehacer cultural de la época con unas respuestas políticas específicas.¹² Y Carl Shorske ha mostrado que la construcción de los discursos políticos fundados en el nacionalismo, la identidad étnica y la apelación populista en la política fueron respuestas a los titubeantes valores liberales en la política austriaca del fin de siglo.¹³ Habría que decir que hacia 1900 el liberalismo

sufría una serie de embates que pretendían mostrar su vacuidad moral, su ineficiencia política y su carencia de emoción.

Más adelante quiero argumentar cómo Guerrero identifica asimismo lo que él considera las debilidades estratégicas del liberalismo mexicano. Por lo pronto, las novedades económicas, sociales y culturales en la ciudad de México hacia 1900 empujan a Guerrero a formular un método de trabajo que revisa —quizá para trascenderlos— los iconos ideológicos y epistemológicos del liberalismo. Si la ciudad es el referente empírico fundamental de su exploración, debe resolverse el problema de reelaborar ese referente a la manera de una formulación teórica. Uno de los recursos más importantes en Guerrero es su renuncia a explicar los fenómenos sociales utilizando como unidad de análisis al individuo. Guerrero se maneja en otro nivel epistemológico. El autor sostiene que la sociedad es una matriz de donde brotan los individuos notables, que lo son por sus méritos o por sus vicios. Más aún, los comportamientos personales extremos —comportamientos viciosos o virtuosos— se pueden identificar porque en la mayoría de las otras personas el impulso hacia el vicio o la virtud ha “abortado”.¹⁴ Criminales, héroes y santos no se distinguen entonces solamente a partir de una cualidad intrínseca. Así, las circunstancias que en una época crean héroes y santos, en otra hacen criminales; Guerrero extrema su argumento cuando postula que sus “investigaciones” siempre encuentran en “las condiciones normales de la existencia [social] la causa [de la] delincuencia general”.¹⁵

Aquel enfoque que individualiza las causas del crimen es por tanto insuficiente; si bien es válido hablar de determinantes psíquicas y fisiológicas que explican la conducta del criminal, éste debe ser siempre considerado como “la manifestación individual de un fenómeno disolvente general, que en grados menores y en distintas formas [...] afecta a la vez a otros individuos”. Para Guerrero aquel “fenómeno disolvente general”, que afecta a más de un individuo, es el objeto de estudio primordial.¹⁶ La propuesta es clara de parte de Guerrero: el crimen debe estudiarse más allá de las circunstancias personales

Tabla 1
La ciudad de México según patrón de relación sexual¹⁹

<i>Clase social</i>	<i>Patrón de relación sexual</i>	<i>Tipos sociales representativos</i>	<i>Consecuencias sociales y civiles</i>
Clase 1	Monogámica	Señora decente, beata.	Matrimonio soluble o definitivo
Clase 2	Poligámica	Artesanos, gendarmes, empleados de comercio, burócratas. Empleados de casas extranjeras.	“Estado doméstico de celos y rivalidades”. (La excepción pueden ser los empleados extranjeros, que presentan patrones más estables de relaciones conyugales.)
Clase 3	Poliándrica	Tropa y soldadera; obreros nuevos; sirvientes: a) campesinos migrantes y b) hijos de artesanos o de otros sirvientes.	“Extinción de la patria potestad”. (La excepción en este caso son los sirvientes de origen campesino, que son más disciplinados y leales.)
Clase 4	Total promiscuidad de los sexos	Mendigos, traperos, papeleros, seberos, hilacheras, fregonas; indígenas (“últimos restos de los antiguos aztecas”).	“Extinción de las estirpes”. (Pero “los restos de los antiguos aztecas” generalmente escapan a la promiscuidad y a la profecía de la extinción de su estirpe.)

del criminal, de tal suerte que puedan detectarse “los fenómenos generales de destrucción que [afectan] el espíritu, o al alma de una sociedad [...]”.¹⁷

Pero el estudio de esos “fenómenos generales” no arrastran a Guerrero a elaborar inducciones simplificadoras. Los recursos de método del autor representan en sí misma una aportación al pensamiento social mexicano. Guerrero afirma que no existe una “sola condición de hombres y mujeres que como tipo medio de circunstancias civiles y [...] psíquicas represente el espíritu mexicano”. Por lo tanto, el camino para una correcta caracterización de la sociedad capitalina pasa por la identificación de las varias “condiciones” (tipos) de hombres y mujeres que, “perfectamente separadas por sus costumbres y [caracteres]” habitan la ciudad. Para lograr una caracterización realmente significativa, el nivel de observación indicado es el de “la vida privada de los individuos”, y más específicamente, el mundo de los valores y las prácticas que giran alrededor de “la evolución histórica de las relaciones sexuales”.¹⁸

Esta dimensión de observación es explotada a plenitud por nuestro autor. Guerrero se permite

una taxonomía amplia y detallada de los tipos sociales de la ciudad de México a partir de los usos y consecuencias de la sexualidad. En una escala que va de los mendigos, traperos, hilacheras y fregonas, en el punto más bajo, a la “señora decente”, en la cúspide, el análisis se convierte en un arte combinatoria que proyecta sus estereotipos. Para definir la tipología anterior, Guerrero procede a identificar cuatro estadios en la sexualidad de los capitalinos, estadios que conforman una tipología que ya no recurre a las descripciones sólo fenotípicas o de indumentaria, sino que pretende acceder a las zonas oscuras de la vida en ciudad.

La clasificación de Guerrero es una de las aproximaciones cualitativas más importantes para entender la ciudad de México al iniciarse el 900. De hecho, no es un criterio para este juicio la sola aparición del comportamiento sexual como dimensión de análisis. La literatura sobre la prostitución, que aparece sobre todo en la primera década del siglo, muestra la preocupación porfiriana por al menos ciertos fenómenos de la sexualidad.

Pero lo que resulta interesante en Guerrero es que la definición de los patrones de comporta-



miento sexual apuntala toda una explicación sociológica, no del patrón como tal, sino de la ciudad. En la tabla anterior, los hábitos sexuales redundan, para Guerrero, en consecuencias sociales y civiles. Y no es sólo su formación de abogado la que lo lleva a suponer que la extinción de la patria potestad o el estatus presente y futuro del matrimonio son consecuencias relevantes. Guerrero está buscando dispositivos básicos que, una vez identificados, esclarezcan el sentido de las estructuras más profundas de lo social. De la constatación de un hecho, el autor extrae consecuencias sociales: el muy escaso número de matrimonios civiles está determinado precisamente por la indisolubilidad del matrimonio.²⁰

Naturaleza, historia y sociedad

En *La génesis del crimen en México* se observa una paradoja que debe ser explicada. La incorporación de dos grandes categorías de análisis, naturaleza e historia, refuerzan un andamiaje conceptual que si bien reporta la novedad del fenómeno urbano de fin de siglo, asimismo identifica una suerte de invariantes, algo así como elementos estructurales, que en la concepción del autor son altamente refractarios al cambio.

La ciudad de México es el centro de la civilización de la "Mesa central".²¹ Como tal, es un campo de observación que permitirá a nuestro autor introducir ciertas variables de análisis, para reconocer patrones de conducta en la sociedad. En este sentido, la estimación del impacto de la naturaleza en la sociedad urbana es un momento clave, pues le permite a Guerrero hacer un corte sincrónico en el cuerpo social capitalino. Específicamente, Guerrero opta por el análisis de condiciones climatológicas (a las que se refiere con el nombre de "atmósfera") con el fin de explicar algunas de las constantes del temperamento del habitante de la ciudad —que el autor hará extensivas al resto de los mexicanos de la Mesa central. El fenómeno de las variaciones térmicas, la presión y la luminosidad serán consideradas en tanto su impacto en la fisiología y la psique. Con ese método, es posible una caracterización

tanto psicológica como cultural de la sociedad capitalina.

Una advertencia: no obstante el peso que otorga Guerrero al papel de la "atmósfera" en su edificio explicativo, dudo que el autor sea un naturalista en el sentido más pedestre del término. Sin duda, Guerrero trata de moderar los juicios de algunos estudiosos como Jourdanet, que extreman el determinismo geográfico al grado de convertir esa variable en el eje explicativo casi único de una sociedad.²² La altitud, la atmósfera enrarecida y las bruscas variaciones de temperatura explican la costumbre de levantarse tarde y abrigarse, la de mantener cerradas las puertas de las casas y la de realizar poco ejercicio físico. Esa conjunción de factores generan lo que Guerrero llama "languideces vitales", que en su versión extrema es un "mal humor o flato", crónico en la ciudad.²³

El autor encuentra dos fenómenos que a su juicio están muy vinculados con las condiciones ambientales de la ciudad: las inclinaciones por la vida conventual y el uso extendido y sistemático de estimulantes. La suma de languideces corporales con las fuertes resistencias al esfuerzo físico explican, al menos en parte, la predilección mostrada por grupos de hombres y mujeres hacia la vida conventual. Esa tentación no se extinguió con las Leyes de Reforma. En los conventos se siguen refugiando "grandes grupos de [hombres y mujeres] cansados de vivir y perezosos para luchar por [la vida]".²⁴

Las mismas constantes climáticas (la altura, la resequedad del ambiente y las variaciones bruscas de la temperatura) influyen para que el habitante de la capital recurra sistemáticamente a los estimulantes. El tabaco, de un lado, y las bebidas alcohólicas, del otro, constituyen las expresiones más características de un fenómeno que alcanza proporciones patológicas, según Guerrero. Existe como una suerte de alcoholismo invisible y socialmente aceptado, que resulta, por cierto, más preocupante en el caso de las mujeres. Además, la lógica de los excitantes se hace extensiva, en aquella ciudad de México, a la dieta, aunque con algunas circunstancias históricas adicionales; de toda suerte, el uso generoso de chile, salsas y otros condimentos responde

también a la necesidad de una estimulación artificial en un contexto ambiental adverso.²⁵

Para Guerrero, la historia no es sólo una dimensión explicativa del presente. La historia es *el presente*: se hace visible, muestra su rostro, en los atavismos. Éstos —sugiero— serían patrones de conducta actual que están determinados casi sin mediaciones por la experiencia histórica. Así, don Julio puede argumentar que “las tendencias feroces de los aztecas han reaparecido”, cuando observa el carácter irritable de los capitalinos, o bien testimonia que las pasiones destructivas y los odios incontrollables, tan característicos en México, dice, desde la insurrección de Hidalgo, han reaparecido “hoy, que es época de paz y de atonía política”, nada menos que en los delincuentes comunes.²⁶

Guerrero ilustra el papel de los atavismos como una realidad actuante, cuando describe nueve casos de homicidio en la ciudad de México, “tomados al azar entre millares del mismo género”. Este procedimiento intenta mostrar que nada “hay más vulgar que las condiciones en que se verificaron” los delitos. El autor no hace una interpretación de los homicidios referida a ninguna escuela criminológica. Los casos son ejemplos de una compulsión homicida que proviene de la sociedad misma, con una fluidez y naturalidad que no exige del investigador ni un análisis estadístico ni un análisis cualitativo que identifique algunas circunstancias excepcionales en la comisión de un crimen. Guerrero es fiel, en este nivel, a su concepción profundamente sociologizada de todo fenómeno cultural:

Nada hay de extraordinario en las circunstancias que determinaron la comisión de estos delitos [las circunstancias]; son las normales de la vida, y fuera de las cerebraciones peculiares de estos delincuentes, nada hay en ellos que explique esas trágicas explosiones de una volición feroz y sanguinaria [...] la hiperestesia bélica e impulsividad sanguinaria del salvaje persisten en esos delincuentes vulgares [...]²⁷

Guerrero no es un optimista. Si afirma “que no hay nada más lúgubre [...] que nuestra histo-

ria independiente”,²⁸ entonces los atavismos, los residuos de aquella historia, configuran una sociedad igualmente lúgubre. Las referencias a la historia alimentan una desesperación que debe ser proyectada hacia una crítica global, que sintetiza, de manera sorprendente, todos los elementos disponibles. Un ejemplo: Guerrero puede resumir los altibajos de la historia colonial e independiente en una etnología de la alimentación capitalina:

El hambre crónica de la época revolucionaria y aun de la colonial [...] llegó a producir una repostería popular abominable, como los tamales de capulín, frijol y juiles de la laguna [que eran] tatemados sin despojarlos de sus escamas, espinas y víceras; [además se consumen] tortillas de ahuahutl, que son un mazacote de mosquitos lacustres endurecidos en panes discoidales [...] En algunas verdulerías se venden pedazos de arcilla esmética que llaman jabón de la Villa [...] [ha llegado] la regresión en materia de alimentos, según se ve, a la ictofagia y [a la] litofagia.²⁹

No está de más inquirir, como lo ha hecho Roger Bartra, si estamos ante una versión temprana de aquel proyecto intelectual que llamamos “la filosofía de lo mexicano”.³⁰ Existe más de una evidencia que apuntala la hipótesis de Bartra. Porque Guerrero ciertamente no es ajeno a una discusión sobre el “carácter”, los estados de ánimo colectivos y el modo de ser de los hombres y mujeres de México. Así, Guerrero encuentra que la gravedad del indio y la seriedad del castellano no pueden sino convertirse en “tendencias melancólicas”. Más aún, y supuestos unos elementos modeladores del carácter del mexicano, se pueden encontrar diagnósticos que si bien son discutibles en los propios términos del planteamiento general del autor, no dejan de tener un cierto aroma a juicio sumario sobre “lo mexicano”. Tal es el caso de la aseveración de Guerrero de que en México los pequeños esfuerzos cotidianos no se realizan y, en cambio, los grandes, como la guerra y las grandes gestas históricas, sí.³¹

No obstante esta evidencia y la propia hipótesis de Roger Bartra, sostengo que en una apreciación general del trabajo de Guerrero, prevalecen aquellas explicaciones montadas sobre elementos más acotados y, sobre todo, irreducibles a versiones genéricas sobre lo mexicano. Las miradas del antropólogo, del sociólogo minucioso, del higienista obsesivo aparecen en Guerrero como más poderosas y creativas que la de un pensador ocupado en los mil pliegues del alma nacional.

Un ejemplo. Entre las dimensiones de análisis más sugerente de Julio Guerrero, está la que se refiere a su explicación del atraso de la sociedad capitalina y de la concurrente marginalidad y pobreza de sectores muy amplios de sus habitantes. Guerrero desecha de entrada las explicaciones meramente psicológicas en su explicación de la pobreza urbana; pero desecha también una explicación ideosincrática. Ni la pereza ni la anemia ni el clima, de un lado, ni el carácter, del otro, serían la causa eficiente de la pobreza, pues ésta tiene, a no dudarlo, “un origen social”.³²

La hipótesis central de Guerrero se articula a partir de lo que él denomina “el exceso de brazos”. Ha sido un error de grandes consecuencias suponer que en México faltan trabajadores. Si bien algunas zonas rurales presentan ciertamente una escasez de personas dispuestas a trabajar, el caso de las ciudades, y especialmente el de la ciudad de México, se tiene que explicar en términos de una sobreoferta de trabajo. Las recientes deportaciones de rateros en la ciudad de México, aunada a la emigración de trabajadores que siguen el empleo generado a lo largo de las líneas férreas, han hecho subir los salarios en la ciudad capital; ello probaría, a los ojos de Guerrero, que el exceso de brazos era el factor que presionaba el salario a la baja.³³

Este fenómeno perverso explica por qué en la ciudad de México se pueden encontrar a hombres y mujeres sumidos hasta las rodillas en el fango y los desechos de las atarjeas, con jornadas de 12 horas, y percepciones diarias de apenas 37 centavos plata, o lo que era lo mismo, hora y media del jornal americano en ese momento. Pero la competencia descarnada por el sustento diario no se reduce a los trabajadores manuales

menos calificados; incluso entre abogados, médicos e ingenieros se percibe una competencia ruda, casi violenta, lo que ha ocasionado que “su moral profesional [se haya] relajado de una manera alarmante”.³⁴

La pereza atribuida por el estereotipo al trabajador mexicano es, en último análisis, de origen económico, y no psicológico: alguien que tenía un empleo en la ciudad de México en la década de 1890 lo trataba de conservar el mayor tiempo posible, por la sencilla razón de que era muy difícil conseguir otro; una técnica para conservarlo era prolongar la terminación de sus labores hasta donde fuese posible. No es descabellado inferir que existe también una concepción implícita sobre la productividad en el pensamiento de Guerrero, desde el momento en que éste reconoce que el trabajador manual no está motivado para hacer su trabajo más rápido y mejor.

Guerrero no es un utopista, y ni remotamente aspira a serlo. Es un analista de la sociedad. Sin embargo, cuando se permite imaginar una suerte de óptimo social, éste se concibe como el pueblo de Miraflores, en los alrededores de la ciudad de México, cuyo carácter “progresista”, ordenado y salubre está determinado por el pleno empleo y la ausencia de competencia degradante y perversa por el trabajo, el pan y el techo.³⁵ Desde Miraflores, Guerrero puede resumir el atraso mexicano y el panorama social de la ciudad a partir de una suerte de materialidad radical:

La exigüidad del salario proveniente de la aglomeración humana en nuestras ciudades ha contribuido en mucho para tenerlas durante largos años en un estado estacionario [...] la competencia de brazos lo ha obligado siempre [al trabajador] a malbaratar su trabajo.³⁶

La reconstrucción de la sociedad

Si Julio Guerrero está lejos de la utopía, puede no obstante detectar, enunciar y analizar lo que considera el problema estratégico de la sociedad

mexicana del 900. En el capítulo último de su libro, Guerrero aventura un diagnóstico de largo aliento, que de hecho representa un esfuerzo cualitativamente distinto al que nutrió el resto del libro. En ese capítulo ("Los credos") Guerrero entra al escabroso dominio de lo que los historiadores contemporáneos llaman los imaginarios o, de otra forma, las hegemonías culturales.

Para Guerrero, la guerra civil y antimperialista en la que los liberales mexicanos resultaron triunfadores sobre los conservadores, en la década de 1857 a 1867, es un verdadero parteaguas en la historia mexicana. Porque más allá de las consecuencias estrictamente políticas de la Reforma mexicana, están las consecuencias culturales. Entre estas últimas destacan el desmantelamiento del aparato educativo y, en sentido más amplio, la ruptura de todo el aparato de hegemonía cultural de la iglesia católica. Es precisamente a partir de este diagnóstico que Guerrero puede discutir con amplitud el papel de los valores sociales y la forma en que éstos se generan y transmiten.

Crear una dimensión moral de la vida pública sin un substrato religioso aparece, finalmente, como el gran problema político e intelectual en la obra de Julio Guerrero. Porque más allá de la identificación de los procesos materiales y espirituales que determinan los comportamientos de los grupos sociales mexicanos, sigue pendiente el establecimiento de un vínculo entre el diagnóstico y las políticas necesarias. Guerrero, un liberal, reconoce, en el último capítulo de su trabajo, que nada ni nadie ha logrado sustituir a la imperfecta y corrupta tutela espiritual del catolicismo mexicano. Hacia 1900, las almas nacionales, sobre todo las de los jóvenes, están privadas de un faro que establezca jerarquías y sentidos a la vida individual y comunitaria.

El gran lauro del partido liberal en México es haber separado al estado de la Iglesia; pero su gran error es haber laicizado la instrucción pública, sin sustituir la moral católica por otra, y sin haber tenido los elementos de ilustración suficientes para educar a las generaciones nacientes, en hábitos

de moral, que descansaran en lo superior de los católicos, aunque tuvieran por coronamiento una ética más excelsa de ciencias, trabajo y libertad.³⁷

Como es peculiar en el pensamiento de Guerrero, éste procede desde unas certezas enfatizadas por un estilo lapidario. "Todos los habitantes de la Nueva España", dice don Julio, "admitían la existencia de Dios y la omnipotencia de su voluntad, como causa primera, única y constante de todos los acontecimientos humanos y de los fenómenos naturales". Esta fórmula, sencilla y eficaz, permitía el despliegue de una serie de discursos que, como "las leyendas católicas, forman una poesía tan bella como la mitología del paganismo"; no obstante, estas leyendas son "superiores" a las historias paganas en términos morales y en términos de eficacia sobre el comportamiento del creyente. No cabe duda, en el momento en que escribe Guerrero "el misticismo católico" es "todavía una fuerza activa del progreso humano, alta y poderosa, que en el recinto de sus templos coadyuva a la moralización de las inteligencias inferiores".³⁸

Pero este reconocimiento no tan extraño a la tradición intelectual del positivismo mexicano, se traduce de inmediato en una sociología de la corrupción eclesiástica que es también una sociología de la corrupción social. Están ahí dos tipos sociales que proliferan "entre las mujeres, provincianos y campesinos": "la beata, cucaracha o rata de sacristía" y "los fanáticos".

El pecado mayor de la beata es que es una mujer "libre de potestad, y casi siempre de obligaciones y quehaceres". Viuda, soltera "u olvidada del marido", usualmente es una mujer que ha dejado atrás la juventud y "sus hechizos". Pasa la mayor parte de su tiempo en el templo, donde recuerda "la leyenda de sus santos" y donde atisba "la vida de ultratumba como una beatitud eterna". La ausencia de obligaciones y los largos periodos en la iglesia la convierten en "difamadora y calumniadora" de sus vecinos y conocidos. Si algún resto de belleza queda en su rostro y su cuerpo —Guerrero se atreve a decir— "intima relaciones con un confesor joven".³⁹

Al fanático lo trabaja Guerrero de una manera menos detallada. El fanático no es tanto el resultado de una psicología como de unos ambientes donde “falta la instrucción laica y científica” y donde se carece “de diversiones artísticas que puedan suplir a la pompa y misticismo del culto católico”. Se desarrolla, pues, una idea de “belleza convencional, [...] gratuita, dogmática aun”. No puede imaginarse mejor escenario para que “el obispo o el señor cura” oficien, sin la competencia de la ciencia, las discusiones públicas o siquiera “de las compañías de la legua”.⁴⁰

Imagino un pesimismo doble en el discurso de Guerrero. El reconocimiento de que “cualquiera que sea la ilustración de un individuo necesita coronarse con algunas generalizaciones, que a guisa de malla aten en un sistema todas las ideas dispersas que tenga sobre la naturaleza, la vida, el espacio, el espíritu y la sociedad”,⁴¹ llevan al autor a identificar las debilidades del modelo ideológico y educativo mexicano:

¿Qué pues [hay] de extraño [en] que la relajación de las costumbres haya alcanzado en México el asqueroso coeficiente moral de una zahurda, si al acaparar el Estado la educación ha dejado desarrollarse con toda libertad la animalidad humana; y si con las mismas enseñanzas que educan al espíritu se rechaza el idealismo con que la moral católica ha rodeado al amor [...] que es el único que podrá completar en este punto la educación intelectual de los liberales?⁴²

No existe una moral del liberalismo. Guerrero lo constata en un recorrido apresurado que va de las pulquerías a los colegios, de las bancas de los parques a los patios de vecindad, de los baños públicos a las cartas eróticas y al refranero popular. La materia que descubre y trabaja Guerrero para organizar su discurso es tan obvia que podría pasar desapercibida. En realidad, su tesis en este capítulo último de su libro descansa en el redescubrimiento de una sexualidad que se desparra por todas partes. Para Guerrero, el problema moral por excelencia, antes incluso

que el de los homicidas o rateros, es el de una sexualidad a su juicio desenfadada que no es otra cosa que —dice Guerrero— “un cerdismo humano”.

Para ilustrar su aserto, Guerrero traza el camino que los adolescentes y jóvenes mexicanos transitan hasta perderse. Todo empieza con el lenguaje: las palabras altisonantes y de doble sentido que a nadie escandalizan definen un primer nicho de impunidad, donde los niños y adolescentes se identifican, casi con independencia de su origen social. Luego, sobre todo entre los jóvenes de clase media que asisten a los colegios, circulan cartas, folletos y libros que constituyen “las literaturas epilépticas de las sociedades agotadas, con las cuales ni los furores eróticos de Nerón, descritos por Salustio, son comparables”. El género chico, la zarzuela, sería el complemento visual y emotivo de aquellas iniciaciones impresas.⁴³

La segunda etapa en el camino de la depravación de los jóvenes —dice Guerrero— tiene lugar en el “cuarto de las criadas”, donde “un Tenorio de doce años tiene que *salar* por no saber las lecciones”. Padres habrá de 16 años, aunque la solución estatuida sea el despido de las madres involuntarias, que irán a dar al basurero humano “de las pordioseras”. De ahí al prostíbulo y la enfermedad no hay sino un trecho muy corto. Lo que en realidad debiera sorprender no es la extensión de las costumbres reseñadas por Guerrero (los estudiantes son “una camada inmunda de sátiros e idiotas”), sino por qué esas costumbres no han acabado por disolver a la sociedad mexicana.⁴⁴

A manera de conclusión

El pesimismo de Julio Guerrero es explicable en la medida en que reconocemos su dilema. Liberal convencido, no tiene más que aceptar que el liberalismo no ha generado una moral para la sociedad mexicana. Quizá Guerrero sabía, después de todo, que la creación de unos valores laicos, que normaran y encauzaran el comportamiento de sus contemporáneos —sobre todo el de los jóvenes—, no era una tarea imposi-

ble. Pero realizarla implicaba el despliegue de todas las potencialidades del estado moderno, en la medida en que sólo un sistema educativo a un tiempo ágil y poderoso podría sustituir la amplia experiencia acumulada por la Iglesia católica.

Guerrero no estaba solo en sus angustias. Otro liberal, francés, de origen judío, y cuya obra fue casi inmediatamente el foco de las críticas de la derecha católica, hizo del proyecto de una moral laica el centro de sus reflexiones. Emilio Durkheim —toda proporción guardada— se entretuvo en los mismos asuntos que ocuparon a Guerrero. Sostengo que uno de los aspectos más notables de la obra de Emilio Durkheim es que identificó, como otros pensadores, las debilidades estratégicas de la cultura europea de fin de siglo. Pero al contrario de muchos de

sus contemporáneos, Durkheim buscó, y probablemente encontró, una respuesta teórica y políticamente ajustada a los valores de un republicanismo democrático y tolerante; un republicanismo, por decirlo así, que no evadía sino que asimilaba y proyectaba algunos de los valores centrales de la Revolución francesa.⁴⁵

El tono, la animosidad de Guerrero contra sus compatriotas y contemporáneos, quizá resulte explicable por la ausencia de un referente ideológico o político como el de la Revolución francesa. La revolución liberal no es una utopía para Guerrero. Su propio diagnóstico deja a nuestro autor en una suerte de orfandad política e intelectual. Su realismo, su hiperrealismo, no encuentra una salida filosófica o política. Los datos de la realidad y la razón positivista no alcanzan a vislumbrar el perdón.

Notas

¹ La primera cita se encuentra en Julio Guerrero, *La génesis del crimen en México. Estudio de psiquiatría social*, México, Porrúa, 1977, 296; las dos restantes en la p. xiii.

² Nydia E. Cruz Barrera ("Reclusión, control social y ciencia penitenciaria en Puebla en el siglo XIX", *Siglo XIX. Revista de Historia*, núm. 12, julio-diciembre de 1992) ubica el trabajo de Guerrero en términos de la producción criminológica en el porfiriato. Una evaluación de esa literatura en el periodo está en Javier MacGregor, "Historiografía sobre criminalidad y sistema penitenciario", *Secuencias. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 22, enero-abril de 1992. Pero quizá el inventario y análisis más exhaustivo y documentado de la visión porfiriana de la criminalidad se encuentra en los trabajos de Pablo Piccato, "La construcción de una perspectiva científica: miradas porfirianas a la criminalidad", *Historia Mexicana*, vol. XVII, núm. 1, 1997 y "No es posible cerrar los ojos. El discurso sobre la criminalidad y el alcoholismo hacia el fin del porfiriato", en Ricardo Pérez Monfort (coord.), *Hábitos, normas y escándalo. Prensa, criminalidad y drogas durante el porfiriato tardío*, México, Plaza y Valdés/CIESAS, 1997.

³ La caracterización de Hale ocurre cuando identifica la débil presencia de ideas naturalistas en la concepción de la sociedad de Miguel S. Macedo. Véase Charles Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, traducción de Purificación Jiménez, México, Vuelta, 1991, 354 n.

⁴ Laura Cházaro, "El pensamiento sociológico y el positivismo a fines del siglo XIX en México", *Sociológica*, núm. 26, septiembre-diciembre de 1994, pp. 64 y ss.

ciológica, núm. 26, septiembre-diciembre de 1994, pp. 64 y ss.

⁵ Véase al respecto el ilustrativo trabajo de Cházaro, *op. cit.*, asimismo Hale, *op. cit.*, además Laura Moya, "Historia y sociología en la obra de Ricardo García Granados", *Sociológica*, núm. 24, enero-abril, 1994 y "Andrés Molina Enríquez: una sociología de la raza", *Sociológica*, núm. 26, septiembre-diciembre de 1994; MacGregor, *op. cit.*; Rosaura Ruiz y Francisco J. Ayala, "Darwinismo y sociedad en México", *Siglo XIX. Revista de Historia*, núm. 12, julio-diciembre de 1992; Mauricio Tenorio, "Contrasting Social Sciences, Mexico and the U.S., 1880s/1940s. Histories of Interactive Moments", ponencia presentada en IX Reunión de historiadores canadienses, mexicanos y norteamericanos, ciudad de México, octubre de 1994; Carlos Illades, "Socialismo y ritos disidentes en el siglo XIX", ponencia presentada en el III Seminario internacional "La experiencia institucional en la ciudad de México (siglos XIX y XX)", ciudad de México", 23 de julio de 1999. Para discusiones más amplias sobre los problemas en la historia de la ciencia social, tanto en Europa como en Estados Unidos, véase Dorothy Ross, "Las ciencias sociales en Estados Unidos desde la perspectiva de una historiadora", *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 28, enero-abril de 1994 y el esclarecedor libro de Tim Ingold, *Evolución y vida social*, traducción de María Elisa Moreno y Ramón Ramírez, México, Conaculta/Grijalbo, 1991.

⁶ Ernst Cassirer, *La filosofía de la Ilustración*, traducción de Eugenio Ímaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 17-53; el entrecomillado, p. 24; Michèl

Duchet, *Antropología e historia en el Siglo de las Luces*, traducción de Francisco González Aramburu, México, Siglo XXI, 1988, esp. 199 y ss.

⁷ Centro de Estudios sobre la Universidad (CESU), archivo de alumnos, exp. 1737, certificado, 21 de octubre de 1884; de la junta directiva al director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, 21 de enero de 1889; de la junta al director, 24 de enero de 1889; citatorio, 13 de febrero de 1889; citatorio, 30 de septiembre de 1889.

⁸ La tesis de Guerrero se encuentra en CESU, archivo de alumnos, exp. 1737, y está fechada en 1889.

⁹ Julio Guerrero, *Causas de la transformación monetaria en México. Disertación de economía política presentada a la Academia de Ciencias Sociales de México por el lic...*, México, Imprenta del Gobierno Federal, 1905.

¹⁰ Guerrero, *La génesis*, p. 3. Guerrero enumera las siguientes ciudades como representaciones de aquella civilización: México, Puebla, Toluca, San Luis Potosí, Querétaro, Guanajuato, Celaya, León, Guadalajara, Zatecas, Chihuahua y Morelia.

¹¹ No se ha discutido a plenitud el problema de la cronología en la historia de la ciudad de México a partir del triunfo de la revolución liberal. El problema no es sólo formal, como se puede imaginar. Existen importantes elementos para una discusión al respecto en Mauricio Tenorio, "1910 Mexico City: Space and Nation in the City of Centenario", *Journal of Latin American Studies*, núm. 28. 1996 y "1910: Mexico City and Washington D.C. Cities of Cities, Cities Among Cities", 1996, cortesía del autor; propongo algunos elementos para discutir la importancia cualitativa de la década de 1890 en Ariel Rodríguez Kuri, *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-A/El Colegio de México, 1996, pp. 81 y ss; 115 y ss.

¹² Para un acercamiento a esta problemática, en un trabajo donde se siguen las inquietudes en el nivel filosófico, literario, político y científico véase Allan Janik y Stephen Toulmin, *La Viena de Wittgenstein*, traducción de Ignacio Gómez del Llano, Madrid, Taurus, 1981.

¹³ Carl Schoske, *Viena Fin-de-Siècle. Política y cultura*, Barcelona, Gustavo Gilli, 1981, pp. 134-191.

¹⁴ Guerrero, *La génesis*, p. xi.

¹⁵ *Ibid.*, pp. ix y 28.

¹⁶ *Ibid.*, p. x.

¹⁷ *Ibid.*, p. xii.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 157 ss.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 158-181.

²⁰ *Ibid.*, p. 100.

²¹ *Ibid.*, p. 65.

²² *Ibid.*, p. 11.

²³ *Ibid.*, p. 22.

²⁴ *Ibid.*, p. 14.

²⁵ *Ibid.*, pp. 17-19 y 152.

²⁶ *Ibid.*, p. 247.

²⁷ *Ibid.*, pp. 248-249.

²⁸ *Ibid.*, p. 236.

²⁹ *Ibid.*, pp. 147-148.

³⁰ Bartra considera que Manuel Gamio, Andrés Molina Enríquez, Martín Luis Guzmán, Justo Sierra, Ezequiel Chávez, Carlos Lerdo de Tejada y el propio Guerrero están discutiendo "el perfil moderno del alma mexicana" antes y durante los primeros años de la Revolución. Roger Bartra, *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Editorial Grijalbo, 1996, pp. 18 y ss.

³¹ Guerrero, *La génesis*, pp. 13 y 24.

³² *Ibid.*, p. 130.

³³ *Ibid.*, pp. 155-156.

³⁴ *Ibid.*, pp. 138-139.

³⁵ *Ibid.*, p. 145.

³⁶ *Ibid.*, p. 154.

³⁷ *Ibid.*, p. 314.

³⁸ *Ibid.*, pp. 262, 272 y 25.

³⁹ *Ibid.*, pp. 275-276.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 277-278.

⁴¹ *Ibid.*, p. 258.

⁴² *Ibid.*, p. 318.

⁴³ *Ibid.*, pp. 320-322.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 321-325. Cursivas en el original.

⁴⁵ Sobre Durkheim y las implicaciones políticas de su pensamiento en el contexto apasionado de la III República, pueden consultarse Anthony Giddens, *Studies in Social and Political Theory*, Nueva York, Basic Books, 1977, pp. 208-234; S. Lukes, *Émile Durkheim, su vida y su obra. Estudio histórico-crítico*, Madrid, Siglo XXI, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1984; Wolf Lepenies, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, traducción de Julio Colón, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 39-90.

